



1

LA CHICA TRAS EL ESPEJO

Jugué con mis dedos, buscando deshacerme de la sensación nerviosa que latía en mi estómago. Estaba parada en el *entre medio*. Así llamaba al espacio escondido en las sombras, detrás del telón. El corto pasillo que servía de portal entre donde estaba parada y el escenario.

El grupo de cuatro chicas en leotardos celestes que bailaba bajo los reflectores estaba haciendo un hermoso trabajo al completar la primera parte del segundo acto.

Probé las puntas de mis zapatillas de ballet contra el suelo, preparándome para el cambio en la música que marcaría mi entrada.

Suponía que muchas chicas de trece años dedicaban sus días a actividades relacionadas a la escuela: deportes, tarea, televisión, ir a la casa de sus amigas a pasar la tarde.

A mí también me gustaba hacer esas cosas. Sin embargo, la parte favorita de mis días transcurría en un salón espejado en la academia de danza de Nina Klassen.

Nina era la agraciada mujer sentada en la primera fila frente al escenario. La única persona entre todas las butacas vacías. Una bailarina profesional con una carrera exitosa que había formado parte del Paris Opera Ballet por dieciséis años.

El corazón se me aceleró de un *tu-tuc*, pausa, *tu-tuc*, pausa... a un *tu-tuc*, *tu-tuc*, *tu-tuc*, *tu-tuc*.

Los fuertes latidos acompañaron mis primeros pasos hacia el escenario. El calor de los reflectores descendió sobre mí en una llovizna de luz.

Guardé mi nombre en aquel baúl que solía imaginar dentro de mi cabeza. El baúl de los disfraces. Y lo intercambié por el de Odette.

La música del piano me asistió en mi transformación, le dio órdenes a mi cuerpo en un lenguaje que este comprendía. Me dejé perder en una cadencia que buscaba lograr la elegancia de un cisne. *Los movimientos deben ser precisos, pero las emociones deben fluir sin restricción*, me corrigió la voz de Nina en mi cabeza.

Me encantaba perderme en aquel espacio artístico y sentir la incomparable dicha que me producía bailar. Era similar a la sensación que tenía cuando compraba mi chocolate favorito y comía un primer bocado, solo que mucho mejor.

Una vez que completamos el ensayo, la señora Nina invitó

al grupo a sentarse en las butacas y se puso de pie delante para que todos pudiéramos verla. Desde el día en que la conocí siempre se veía sofisticada. Nina Klassen tenía el agraciado porte de alguien que había dedicado su vida a la danza clásica. Llevaba un fino suéter blanco y su pelo estaba ajustado en un recogido impecable que resistiría hasta un tornado. Las otras chicas siempre intentaban copiarlo, aunque nunca lograban armarlo de la misma manera.

—¿Crees que usa alguna técnica secreta para inmovilizar su pelo sin fijador? —preguntó Sumi, observándola.

—La técnica secreta de Nina Klassen —bromeé.

Llevé la mano hacia las horquillas que trababan mi pelo castaño y lo liberé. Una de las cosas que había aprendido en mi primera clase de ballet, años atrás, era a siempre atarlo antes de comenzar con los ejercicios.

—No es que tú puedas quejarte —continué—. Tu pelo es tan brillante e inmune a la humedad.

La chica de contextura pequeña sentada a mi lado era mi mejor amiga: Samantha Kwan. Sumi. Íbamos al mismo curso en la misma escuela y nuestras madres se turnaban para llevarnos a danza cuando salíamos de clase.

Compartíamos todo: nuestros secretos sobre los chicos que nos gustaban, un cuaderno donde anotábamos nuestras películas y libros favoritos, las meriendas que llevábamos para comer en el auto camino a clase pero, sobre todo, compartíamos nuestro amor por el ballet.

—Hicieron un gran trabajo. Todos están muy bien en sus roles —dijo Nina—. Como mencioné antes, vamos a presentar la obra en dos fechas. La mayoría va a mantener su rol

para ambas funciones, excepto nuestras protagonistas. De esa manera, todos podrán tener más tiempo en el escenario. En nuestra primera fecha, los roles de Odette y Odile van a ser interpretados por Poppy Hadley.

Diez cabezas se giraron hacia la chica con piernas largas y cabello rubio que estaba sentada a un costado, sola.

Gabrielle Poppy Hadley.

La primera vez que la vi en clase, pensé que se veía exactamente como una bailarina debía verse: agraciada. Segura. Radiante. Incluso su nombre sonaba distintivo.

Sumi y yo habíamos intentado conocerla mejor, pero Poppy tenía una personalidad reservada que la mantenía enfocada en los ejercicios. Siempre era la primera en llegar y la última en marcharse.

—Y en la segunda fecha, esos roles van a ser interpretados por Alexina Belle.

Ahora, las mismas cabezas se giraron hacia mí. Éramos un grupo de ocho chicas y tres chicos. La mayoría de los rostros de mis compañeros me ofrecieron sonrisas y miradas amistosas. No la de Poppy. No se veía enfadada, sino *indiferente*. Lo cual admitía que me hacía sentir mal. Había admirado a Poppy desde la primera vez que la vi bailar, y una pequeña parte de mí tuvo la esperanza de que ella también me prestara atención. De poder impresionarla. No era que quisiera competir con ella, sino *aprender* de ella.

Al salir de clase, Lana Kwan, una de las madres de Sumi, esperaba por nosotras junto a un auto gris. Mi amiga era la única estudiante en nuestro curso con dos mamás. Karen y Lana. Era un poco distinto a mi familia. Una casa de poder

femenino. Lo cual era genial. Karen trabajaba de chef para un hotel y horneaba los mejores pasteles. Sumi y yo compartíamos grititos de alegría al ver una caja con los bombones que solían dejar de cortesía para los huéspedes, pero en este caso era para nosotras en el asiento trasero.

Vivíamos en Bristol, una ciudad en Inglaterra que era conocida por su pintoresco puerto. No era tan popular como Londres, pero no había duda de que llevábamos una vida cómoda. Nuestro vecindario se encontraba en una zona residencial con un número respetable de árboles en las calles y jardines que se esforzaban por aparentar prolijos.

Una vez en casa, fui directo hacia mi habitación y me dejé caer sobre el muy mullido acolchado de mi cama. Digo *muy* ya que cuando lo compramos hice una investigación significativa antes de decidirme por uno.

La música del escenario todavía sonaba en mi cabeza. Me costaba creer que había logrado el papel principal para una de las funciones. *El lago de los cisnes* era mi ballet favorito. Más que *La bella durmiente*, *Giselle*, y *El cascanueces*.

Cuenta la historia de una joven llamada Odette, que está atrapada bajo el hechizo de un brujo. Durante el día, la magia la obliga a transformarse en un cisne, y Odette solo puede recuperar su forma humana durante la oscuridad de la noche. La única manera de romper el conjuro es con una declaración de amor verdadero. Ahí es cuando aparece el príncipe Siegfried. En el segundo acto, el príncipe se adentra en un bosque y encuentra un lago encantado con hermosos cisnes blancos. Allí es donde nota a uno que se distingue por la pequeña corona de oro en su cabeza. El príncipe presencia la transformación,

y descubre que una de las elegantes aves blancas es en verdad una jovencita cautivadora.

Odette le cuenta acerca de la maldición que la mantiene prisionera en aquel lago de lágrimas y que la única forma de romperla es si un muchacho de corazón puro le declara su amor verdadero.

Siegfried está tan cautivado por ella que intenta confesarle sus sentimientos, pero el malvado hechicero Von Rothbart interrumpe la escena antes de que pueda decir las palabras mágicas.

El tercer acto ocurre en un baile real que la reina madre organiza para festejar los veintiún años del príncipe y encontrarle una esposa. Un sinfín de princesas y bellas jóvenes se presentan frente a Siegfried para intentar ganar su corazón, pero este no puede dejar de pensar en Odette. Entonces el sonido de trompetas anuncia la llegada de nuevos invitados: el hechicero Von Rothbart hace su entrada al baile del brazo de su hija Odile, a quien disfrazó con su magia para que se viera igual a Odette.

Ahí es donde la historia da un giro triste: el príncipe la reconoce de inmediato y baila con ella. Está tan cegado por su belleza que no se da cuenta de que es una impostora y de que la verdadera Odette se encuentra en su forma de cisne observando todo desde uno de los grandes ventanales.

Siegfried le profesa sus sentimientos a Odile, convencido de que es la hermosa princesa cisne que conoció en el lago.

Odette presencia la escena desde afuera y huye de regreso al lago, donde muere de un corazón roto.

Aquel final varía según la producción, en algunas versiones

Odette y Siegfried se ahogan juntos, mientras que en otras, tal acto de sacrificio los regresa a la vida.

La primera vez que lo vi, lloré tanto que tuve que ir al baño a lavarme la cara. Recordaba esa noche de manera detallada, ya que mis padres nos habían sorprendido con billetes para verlo en el Teatro Real de la Ópera en Londres. Mi madre nos había hecho usar vestidos e incluso había adornado mi pelo con uno de sus broches. Recordaba haberme hundido en una butaca de terciopelo rojo con una bolsa de avellanas en mis manos. El teatro se había sentido inmenso. El alto techo, tan adornado y antiguo.

Estaba tan entusiasmada por ser parte de la obra que puse música y empecé a saltar sobre la cama. El ballet exigía disciplina, pero cuando estaba en la privacidad de mi cuarto me encantaba dejarme ir y moverme sin seguir ninguna técnica.

Salté y salté, girando con la vista en las cálidas lucecitas doradas que decoraban mis paredes. De seguro no era la única chica en pensar que mi habitación era mi propio mundo privado; un refugio donde expresar todos mis gustos. Mis padres me habían permitido elegir todo: el muy mullido acolchado violeta con los almohadones rosas, el escritorio blanco hecho de una madera que simulaba estar desgastada, las lucecitas led que bordeaban las paredes, el tablero donde colgaba fotos y recortes que me inspiraban y el espejo en forma de gato.

Mi reflejo me imitó desde la pared, copiando cada salto que daba. Esto va a sonar raro, pero a veces me preguntaba si la Alex del otro lado del vidrio era exactamente igual a mí, o si era posible que hubiera alguna pequeña diferencia que no podía notar. Tal vez sus ojos no eran exactamente del mismo tono

azul. O no tenía aquel lunar en la mejilla. O a veces no tenía ganas de sonreír.

¿Era raro que pensara en algo así? En dos ocasiones estuve a punto de preguntarle a Sumi. Me arrepentí a último momento por miedo a que sonara realmente extraño.

De seguro se debía a que me gustaba creer en la magia y en incidentes sin explicación. Durante mis primeros años, mamá me había leído demasiados cuentos de hadas a la hora de dormir.

—¿Aleeex?

La traviesa silueta de mi hermana, Olivia, se asomó por la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Saltando.

—¿Por qué?

—Porque es divertido.

Mi hermana menor tomó envión y se tiró sobre mi cama. Tenía ocho años y pensaba que el ballet era aburrido, aunque le encantaba jugar al fútbol. La tomé de las manos, moviéndola en una ronda.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunté.

—Intrascendente.

Solté una risa.

—¿Y esa palabra?

—Fue la palabra nueva del día —respondió Olivia sacándome la lengua—. Significa que no es importante.

—Entonces, ¿tu día no fue importante?

—No. Fue aburrido. Madeline Conway me dijo que mis ojos son demasiado grandes para mi rostro y que huelo a cebolla.

—Madeline Conway es *intrascendente*.

Si veía a esa brabucona iba a pensar en una forma de vengarme que no se viera como si estuviera siendo mala con una niña menor.

Olivia dejó escapar una risita. Sus pequeños pies se desviaron hacia los almohadones donde reposaba un oso de peluche con jeans y una chaqueta verde.

—Cuidado con Ha... Kristoff —me apresuré a corregir.

—Uups.

El año anterior, mis padres finalmente nos habían llevado a Construye un oso. Una tienda en donde uno podía elegir un animal de felpa, rellenarlo con algodón, esconderle un pequeño corazón con un deseo, elegir su vestimenta y nombrarlo. Yo había elegido un oso de pelaje claro y dulces ojos marrones. Su certificado de nacimiento decía Kristoff, en honor a uno de mis personajes favoritos de *Frozen*, pero el verdadero nombre que le di en secreto era Harry.

La voz de mi madre nos llamó para cenar. Nos dejamos caer contra el acolchado y me aseguré de que Harry estuviera bien antes de reacomodarlo contra el almohadón.

Los Belle éramos una familia de rutina. Todos los días nos sentábamos a cenar cuando el reloj marcaba las 7:00 p. m. Mamá había cocinado lasagna, uno de los platos favoritos de Olivia. Mientras mis padres hablaban de algo, probablemente trabajo, mi cabeza no podía dejar de pensar en la historia de *El lago de los cisnes*. Era tradición que la misma bailarina representara ambos roles de Odette y Odile, el cisne blanco y el cisne negro. Nina Klassen había decidido que nuestra clase también la mantuviera, a pesar de que la mayoría teníamos entre doce y trece años.

Entendía a Odette. Algunas de sus escenas expresaban infinita tristeza por el hechizo que la mantenía en el lago, y otras, las que compartía con el príncipe, esperanza por que el amor que compartían la liberara de su forma de cisne. Y luego estaba la más desgarradora, cuando moría en el lago rodeada por los otros cisnes. Sus leales doncellas que también habían caído víctimas de la magia.

Era Odile la que me estaba dando problemas. La hija del brujo solo quería seducir al príncipe para evitar que este liberara a la princesa cisne. Era cruel y egoísta. Y podía sentir el dolor que le causaba a Odette. ¿Cómo podía representar esas cosas en algo que debía verse como una hermosa danza? De solo pensar que alguien pudiera ser tan cruel conmigo me hacía doler el estómago.

Una vez que terminamos de cenar, mamá le pidió a Olivia que la ayudara a lavar los platos, mientras yo tuve la tarea de sacar a Toby a hacer sus necesidades.

Nuestro adorado perro estaba sentado junto a la puerta de entrada, esperándome expectante. A veces estaba convencida de que sabía la hora. Toby era una mezcla de Boyero de Berna con alguna otra raza. Tenía orejas caídas, ojos del color de la miel, denso pelaje que variaba entre negro, marrón y blanco, y la altura de un pony. Lo habíamos adoptado de un refugio y era el mejor perro del mundo.

Algunas noches dormía a los pies de mi cama y otras, en la de Olivia. Sabía dar la pata. Le encantaba despatarrarse sobre la alfombra del living. Siempre notaba cuando me escabullía en la cocina para buscar muffins de vainilla con chips de chocolate y me seguía con complicidad, esperando a que le diera

una recompensa para perros. Y nunca dejaba que personas desconocidas se me acercaran en la calle.

Toby Rudolph Belle. Olivia había insistido en agregarle Rudolph de segundo nombre, como el reno de nariz roja que tira el trineo de Santa, porque lo habíamos adoptado unos días antes de Navidad.

Tomé la sudadera bordó que siempre dejaba en el perchero de la entrada y le enganché la correa.

—Vamos, Toby —dije abriendo la puerta.

La calle estaba en silencio. Las pocas nubes que se estiraban sobre el cielo al igual que sábanas de algodón dejaban huecos para ver las estrellas. Toby me llevó por el camino que solíamos hacer, moviendo la cola.

Caminamos por la acera, pasando por el frente de diferentes jardines. Todos se veían parecidos. Césped verde bien cuidado. Algunas flores. El ocasional muñeco de cerámica que intentaba verse amistoso y que la oscuridad de la noche transformaba en alguna criatura sospechosa.

A medida que nos acercamos al final de la calle, mi estómago comenzó a sentirse liviano. La casa de ladrillos en la esquina pertenecía a los Bentley.

De no ser porque Toby tiró de la correa, probablemente me hubiera parado a buscar su silueta en las ventanas iluminadas.

Cruzar camino con el muchacho que vivía allí era una simple cuestión de suerte. De coincidencia. Deshice la colita que llevaba y peiné mi pelo para un costado. Lo hacía cada vez que pasaba por allí, el gesto era casi inconsciente.

Mis pies se movieron con lentitud. ¿Lo vería?

.....

.....